

FORNER Y SAGARRA, JUAN PABLO (1756-1797)

SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS EN LA POESÍA CASTELLANA

Suspicione si quis errabit sua,
et rapiet ad se quod erit commune omnium,
stulte nudibit animi conscientiam.

–PHAEDR. lib. 3. in Prol.

Este era mi deseo: ser muy sabio,
llevar mi fama al contrapuesto polo,
hacer colgar los hombres de mi labio,

robar el plectro al inflamado Apolo,
y lograr el renombre de Poeta
más brillante, que el polvo del Pactolo.

¿A que Tirón la adulación no inquieta,
de la futura gloria premio vano,
que al obstinado estudio le sujeta?

La noche apenas al desvelo humano
brindaba con su paz, y a los mortales
dulce apartaba del trabajo insano,

negado al blando sueño, los umbrales
del aposento lóbrego me hallaban,
do puesto di a mil nombres inmortales.

Los senos de la tierra descansaban
en un silencio universal sumidos
que ni los blandos céfiros turbaban:

Y yo, en doctas vigilijs consumidos
los momentos de paz, hasta la aurora
dilataba el trabajo a mis sentidos.

Atónito tal vez con la sonora

trompa del que no tiene patria cierta,
me inflamé entre la lumbre que atesora.

Atónito tal vez en la encubierta,
si grave usurpación del Mantuano,
que al gentil imitar abrió la puerta.

Docto Catulo, Horacio sobrehumano,
y el que el Ponto humanó con su blandura,
más dulce cuanto al bien menos cercano.

Al solícito ingenio donde apura
su conato el saber, más llana hacían
la del Parnaso, inaccesible altura.

Las obras al deseo respondían:
que aunque medroso, emulación y gloria
la pluma entre los dedos me ponían.

¿Y logré, por ventura, meritoria
hacer solicitud tan desvelada,
por más que guíe a la inmortal memoria?

En números la voz aprisionada
me lleva a la prisión de la miseria,
si mi razón no acude apresurada:

Que, cierta ya del gusto de su Hesperia,
me abdicó de la suerte de mi genio,
dando a mi estudio interesal materia.

En vano fía en el favor Cilenio,
la heredada pobreza hallar socorro,
que avive el fuego en el ardiente ingenio.

Apláudese lo escrito, por el corro
resuena la alabanza; mas ninguno
cubre el aplauso con dorado forro.

Y el mísero poeta, poco ayuno
del viento del aplauso, lo va acaso
del sustento a sus fuerzas oportuno.

No fue Jurisperito Garcilaso,
y oprimiérale el hambre, si en sus gentes
no hallara patrimonio, o fuera escaso.

Astrea que huyó al cielo, hace prudentes
por vanas imprudencias del recelo,
que inventó los dominios diferentes:

Y aquel que obliga a descender del cielo
la inspiración divina que le inflama,
es en poco tenido acá en el suelo.

Detesta la maldad, la virtud ama
sus dones acredita, y cuidadoso
recomienda su precio, y los derrama.

Este no es ejercicio provechoso.
al causídico estruendo se someta,
y esfuerce los delitos animoso:

Que si tuerce la ley cuando interpreta
su espíritu flexible, y por la suma
el oro abriga un vicio, no es poeta.

Él irá descansado, por su pluma,
en el hinchado coche, y en sus arcas
crecerá la moneda cual la espuma.

¡Cuán poco debe a las fatales parcas
quien de ellas, al nacer, recibe el fuego
del aliento, que canta a los Monarcas!

Hará inmortal en el divino pliego,
que dictaron las Musas al Magnate,
que disipa la plata en vano juego;

Y no podrá alcanzar un vil rescate
de su necesidad, del que sus perros
regalará con indio chocolate.

Con todo, en mí sufriera yo estos hierros,
por ver siquiera hambrienta a toda Lira,
que intima al gusto y la razón destierros.

No el cielo a muchos el fervor inspira,
que hace divino al Vate, y se descubre
a cada paso quien en sí le admira.

Cual suele sacudir el fresco Octubre

la lluvia de las hojas que desprende,
y de ellas los desnudos campos cubre,

que si corre enojado el viento, y hiende
la esfera clara, a obscurecerla llega
la innumerable suma que desciende:

No menos abundante el orbe anega
la poética turba que le oprime,
que a todo trance su furor despliega.

Éste canta su amor, aquel le gime,
trabajos al Estado convenientes,
con que se aumente su poder y anime.

Tal se calza coturnos eminentes,
que ofrecen un bufón al gran concurso,
consejero de Reyes muy prudentes.

¿Pues que el que trueca a su escritura el curso,
y del soberbio zueco se apodera,
para mostrar la pompa en el discurso?

Allí es ver como esgrime y acelera
su lengua en la oración regia y altiva
la airada majestad de una ramera.

¡Oh! tú, cualquiera a quien benigna priva
la suerte del calor que nos endiosa,
cuando la mente su agudeza aviva;

si envidias un furor que no reposa,
y eres tan infeliz que le deseas,
porque en aplauso universal rebosa;

antes forzado a pretender te veas
con mérito y sin sombra en la gran Corte,
donde viven con hambre las tareas:

Do el prepotente empeño es fijo norte,
que lleva al puerto a que seguro aspira
quien sabe cuanto el adular importe:

Donde aunque insta en el trabajo, y mira
al bien común el rústico estudioso,
al fin con canas y hambre se retira:

Primero, doctamente perezoso
por no saber ganar un grave paje,
arcaduz del esclavo poderoso,

sufras llorando el inhumano ultraje
de ver a tus estudios preferido
un charlatán, que adula con buen traje:

Antes logres renombre de sufrido
en este triste género de afrenta,
bien por el gran Cervantes conocido,

que hacer número intentes en la cuenta
del bando, que en forjar versos malditos
su edad consume, y su saber ostenta.

Hiciera Dios no fuesen infinitos;
pero el arte de Apolo es insolente,
y produce más vanos que peritos.

¿Dio crédito al aplauso indiferente
del oficioso vulgo un Don Faustino,
que le busca, o le pide ansiosamente?

Basta así: ya su espíritu es divino,
sus versos lo serán, y aun su lucerna
ya a la divinidad se abre camino.

No fue la de Cleantes más eterna,
bien ya en el Pesianacto esclareciese
la ley que al hombre en el vivir gobierna.

Versos ha de escribir mal que nos pese,
y mal que pese al arte no habrá caso,
en que su voz no acuda y se atraviese.

¿De algún Señor la esposa pare acaso,
como acostumbran todas, al noveno?
al punto sale nuestro Mevio al paso,

y muy colmado de entusiasmo, y lleno
de sibilino ardor nos pronostica,
que el niño tiene traza de ser bueno:

Las glorias venideras le publica,

y si el niño se escapa al otro mundo,
al fin valió la adulación que aplica.

¡Oh negra Musa, de saber inmundo,
qué va a hacer, por medrar, sus cumplimientos
a las obras de un útero fecundo!

Pero ¿suplen lo, al fin, los pensamientos?
no allí elección, no riguroso juicio,
que castigue los vanos ornamentos.

Crece en los versos lujurioso el vicio,
cual la pompa en la vid de fruto escasa,
y pródiga del verde desperdicio:

Y aun si fuera excelente, aunque sin tasa,
la sufriera el varón contentadizo,
que llanamente por lo bueno pasa.

Rara vez un talento satisfizo
a la oreja de Apolo: una excelencia
menos notables los defectos hizo.

Túvolos el de Mantua en competencia
del que formó guerreras las Deidades
ridícula invención de antigua ciencia;

Pero neutrales siempre las edades
futuras, sus bellezas admiraron,
sin hacer hincapié en las poquedades.

Los versos que divinos ser hallaron,
y nombraron los siglos posteriores,
al autor que los hizo no agradaron;

y estima un miserable por mejores
los suyos, y prorrumpe enfurecido,
si con él no ven todos sus primores.

Sé que nunca un poeta he conocido,
y he conocido muchos que no entienda
de sí ser el más docto y entendido,

y así salen los frutos de la hacienda,
que adulándole el grito de la fama,
hacer procura, que su nombre extienda.

Escribe mucho, y cuanto escribe ama:
públcalo sin tiento, y a la envidia
luego achaca las críticas que llama.

Lidia con fieras quien con hombres lidia,
que se tienen por fértiles, mostrando
su frente los desiertos de Numidia.

Vocean todos, que el dichoso bando
de aquellos, a quien ama el docto Numen,
se deja apenas ver de cuando en cuando,

Y todos entretanto se presumen
destinados al bando venturoso,
probándolo las resmas que consumen.

Proscríbales un verso poco airoso
por lánguido, vacío, tardo, o duro
el amigo censor dulce y juicioso.

Primero sobre si llame el conjuro
de un vengativo a su venganza atento,
que el ceño claro del poeta obscuro.

Le hará ver que es el Pindo su aposento,
y en él juntas las Musas elocuentes
le inspiran grave y sonoro acento.

Alegará que oyeron sus sirvientes
el reprehendido verso y le admiraron.
¡Jueces de gran razón e indiferentes!

Que dos profundas damas le aprobaron
doctas en el Francés, y en Geometría
y que cuatro peinados ya inventaron:

Que un Abate, gran hombre en Geografía,
le alabó la pureza castellana,
citándole un Francés que así escribía.

Razón completa, que la suya allana,
en tiempos que el dialecto de Toledo
se estudia en la leyenda Galicana.

¿A qué pobre censor no pondrán miedo

testimonios tan graves y excelentes?
Cruzarase los labios con el dedo:

Y reputando así por eminentes
sus luces nuestro ufano mentecato,
porque le emulen las futuras gentes.
Hará que abra Carmona su retrato,

o que en lienzo avivado por Maella
cuelgue en su habitación junto a Torquato.’

Con tal gusto ¿que mucho si descuella
el arte, y de la cítara Española
la perfección, ya consumada, sella?

De aquí aquella abundancia que enarbola
sobre toda nación sus estandartes,
en nuestra escena respetada y sola:

Acciones concertadas de cien partes,
cuya unidad no pasa de mil años,
según requieren aprobadas artes.

¿Por qué ofenderá tanto a los extraños,
que el arte ignoran del exacto Lope,
nuestra traza en los cómicos engaños?

¿Tan gran pecado es que vea en Jope
embarcarse una Reina el circunstante,
y luego luego en Tetúan la tope?

«Señor, que no ha pasado un solo instante.
En el arte son siglos bien contados.
Horacio lo reprueba. Es ignorante.

Oh vos, gran Calderón, si mis cansados
discursos no tomáis acaso a enojo,
pues son tanto los vuestros venerados,

Responded: si en el arte el grande arrojó
de escribir sin concierto se mantiene,
¿ese arte en que se funda? En el antojo.

Lacónica respuesta. y que conviene
bien con la autoridad de la persona,
que asegurada ya su opinión tiene.

Mas la naturaleza, que pregona
sus leyes inviolables quejarse,
si a su verdad la ejecución no abona.

Quien tal pronuncia sin comer se pase.
¡Oh oráculo sagrado! yo dijera,
sufrid que a replicaros me propase

Que en vez de escribir mal, otro eligiera
término a su vivir, pues que el sustento
no está solo en el fin de esa carrera.

El vulgo ha de tener divertimento:
es necio, y neciamente se divierte.
Diviértase en buen hora: es justo intento;

Pero no ayude yo, cuando pervierte
la opinión de la patria, a pervertilla,
si excede un tanto a la vulgar mi suerte.

Fuera de que, si es necia la cuadrilla
de la plebe infeliz, del sabio el cargo
es afear el error que la mancilla:

No el dar por dulce lo que en sí es amargo,
ni aumentar al doliente la dolencia
con indulgente, o con infiel descargo.

Pero ¡oh cuanta es del vulgo la paciencia!
cuando con tanta ve, que a su ignorancia
se atribuye la cómica impudencia.

Aquel que no distingue la distancia,
que hay del arte al capricho, sólo aprueba
lo que no hace al deleite repugnancia:

En lo agradable se embelesa y ceba:
para él éste es el arte, otros ignora:
aplaudirá a Terencio si le eleva,

y arrojará a Carcino con sonora
salva de agudo silbo, si del templo
no ve salir el héroe que colora.

Quizá más de lo justo me destemplo

en replicaros ya; pero en la Grecia
me está llamando el memorable ejemplo:
En cuyos espectáculos la necia

turba, de quien acá sin luz bastante
se cree, que el arte y la razón desprecia.

Desde que de la máscara el semblante
Esquilo hizo mejor, y heroicamente
la acompañó de espíritu elegante,

acostumbrada al arte, e insolente
la oreja con el juicio de su ciencia,
mofó lo escrito mal, e impertinente.

Tal vez suele ser útil la insolencia,
y contra los poetas necesaria,
y aún así se ve en ellos resistencia.

España, en producir extraordinaria,
dio tragedias con arte un tiempo a Roma,
y es hoy, si ella las tiene, opinión varia.

En la invención sin repugnancia doma
al resto de la tierra. ¿Por qué injusta
tanta amplitud en disponer se toma?

¿Por qué, oh gran Calderón, a la robusta
locución, y al primor del artificio
no unió sus leyes la prudencia justa?

La diestra plebe, como en propio oficio,
a atender lo excelente acostumbrada,
notará luego y repugnara el vicio.

De este modo fue Grecia amaestrada,
y fuéralo mi España también de éste,
si pluguiera a una Musa venerada.

Si a la tuya indiscreta, aunque celeste,
pluguiera, oh Lope, que corrió sin freno,
puesto que un grado a tu opinión le cueste.

¡Oh! ya siquiera de tu ingenio ameno
recibiera la patria esta ventura,
que apartara lo propio de lo ajeno:

Siquiera, acreditando su cultura
como un necio imitar acreditaron,
siguieran los demás la senda dura:

Aquella digo, que observando hallaron
la razón y la astuta perspicacia,
que en cada cosa el ser investigaron.

Prudente así, y en aplaudir reacia
la plebe, no hoy de Mártires bufones
a celebrar corriera la eficacia:

Ni aprobara los míseros centones,
donde extranjeras frases adulteran
la habla de los Saavedras y Leones:

Que hay hoy ingenios, que enmendar esperan
la corrupción del arte, corrompiendo
la majestad que respetar debieran.

Tales, tales perjuicios padeciendo
está, oh buen Calderón, por vuestro antojo
la nación que burlasteis escribiendo:

Y tales sufrirá con el sonrojo
de tocar su dolencia incorregible,
mientras que el sol se nos descubra rojo,

si el Autor, a quien todo le es posible,
no alguno nos envía que desmiembre
portentoso este daño irresistible.»

Paso, sus, que no estamos en Diciembre,
ni su celo es Romano, ni él mi esclavo,
para que impune las injurias siembre.

Si es justo el celo, su designio alabo;
mas expresar con desvergüenza el celo,
porque ha de hacerse, de entender no acabo:

¿Querrá el Don Delicado, que al desvelo
del poético ardor se una la flema,
que el arte induce, comprimiendo el vuelo?

Pues sepa el ignorante que se extrema,

dando en el vicio opuesto como tonto,
que nunca tiene el medio en su poema.

Cuando yo ardiente en mi hipogrifo monto,
y le hago ir en parejas con el viento,
aunque pez sin escama, vivo y pronto.

¿Privaré al auditorio del contento,
de ver cual se despeña una doncella,
por dar a toda la arte cumplimiento?

¿Y en dónde hay arte, como ver aquella
belleza ir de peñascos en peñascos
rodando, sin que el golpe la haga mella?

¿Vestir las lagartijas de damascos,
y que ocupen el monstruo cristalino
de ochenta naves los pintados cascos?

Desengañese y crea que el camino
de acertar a agradar, es el que enseña
enredo no creíble y peregrino.

La imitación de la verdad no empeña,
ni es muestra de agudeza en tiempo, cuando
La verdad, por inútil, se desdeña.

La antigüedad me opone, levantando
sus obras, y hay defectos garrafales,
no menos en Aquiles, que en Orlando.

¿Por qué, como aquel duerme en sus Reales
casi hasta el fin y en su quietud porfía,
sin que le duelan los argivos males,

No hará Moreto, que la tropa pía
de los siete en un punto pase y duerma
doscientos años en la gruta fría?

Sufrirase en Homero hallar enferma
una deidad, y deshonesto a Juno,
dejando la ara de su samo yerma,

Tramar dolos a Júpiter, y en uno
yacer con él hasta dormirle, en tanto
que cumple sus propósitos Neptuno

¿Y en mí será delito que en el manto
de una frágil mortal esconda el vicio,
que él descubrió en los inmortales tanto?

Reforme, pues, o recupere el juicio,
y entienda, que en el arte del agrado
el rigor siempre sufre sacrificio.

Triunfe, pues, el antojo: al adorado
teólogo teatral yo respondiera,
si a mí hubiera su arenga encaminado:

Que si de la enseñanza, que pudiera
lograrse entre el sabor del regocijo,
se carece en la cómica quimera,

se ve por eso, en recompensa, fijo
mantenerse en el aire un gran palacio,
fábrica de una maga y escondrijo.

Allí aprende la plebe, si despacio
los maderos caminan por el viento,
o si con brevedad corren su espacio.

Haces recto así el entendimiento,
y no hay como expresar cuánto se afila
La virtud en lo extraño del portento.

¿Pues qué, si perlas y esmeraldas hila
la estéril abundancia del poeta
en los hechos que finge, o recopila?

¿O si es parcial de la moderna seta,
ver como mete en boga un terminillo,
que pudiera ilustrar una gaceta?

A entrar en pormenores no me humillo,
ni he gustado jamás de hacer detalles:
mi estilo siempre fue bajo y sencillo.

Dejo el teatro, y en diversas calles
métome, pues, y paso a conceptista,
ya a las cúpulas cante, ya a los valles.

Guíame el buen Gracián en la conquista

de este imperio sutil, y pido a Phebo
un ingenio veloz y anatomista.

Préstame sus vestiglos el Erebo:
y por no dar su nombre a cada cosa,
será toda metáfora mi cebo.

Tus mejillas, oh Silvia, serán rosa,
y rosa que arda sobre helada nieve,
formando amor unión tan prodigiosa.

Si lloras, cantaré que el cielo llueve
perlas de sus luceros celestiales,
que el fuego de mi fe consume y bebe.

Si te peinas, diré que los raudales
de tu castaño golfo surcan bellas
de un ebúrneo bajel puntas iguales.

Embozarán tus párpados estrellas:
que aunque no tienen niñas, y es constante,
que excede al deste globo el bulto de ellas,

diez mil leguas de luz clara y brillante
bien caben en tu frente peregrina,
que aún del orbe solar ser puede atlante.

¿Te ríes, Silvia? Pues a fe que inclina
a más de seis bellezas veteranas
habla que tan de veras desatina.

Bien sé, que tú a escucharla no te allanas,
ni tampoco por ella trocarías
la que articulan hoy bocas livianas:

Que si se han de aprobar habladurías,
a adulteradas frases no sutiles
prefieres puras sutilezas mías.

Pero unas y otras en tu juicio viles
Comparecen, y nace, según creo,
de que son tus espíritus viriles.

Jamás tú consentiste, que un deseo
torpe en sí, con los números disfrace
el fin a que encamina su rodeo.

Traslada al verso su malicia, y hace,
que se lea más vivo en el afeite,
Lo que en sí aún sin ornato satisface.

Añade incitamentos al deleite,
que ya incita por sí: vela, y se esmera
en guarnecer el fuego con aceite.

La arte en tanto inocente, de sincera,
casta y grave matrona, es convertida
en infame, o adúltera ramera:

Con docta obscenidad prostituida,
sabiamente lasciva, y de mil modos
Armando lazos a la honesta vida.

¿Por qué ya no encuadernan los beodos
volúmenes de versos admirables,
donde se aplauda la embriaguez a todos?

No son, no, los del Teyo despreciables;
pero únicos al fin, y que no ofrecen
ejemplo a inteligencias miserables.

¿Qué vale la virtud en donde crecen
amores, celos, ruegos, esperanzas,
tósigos que la enervan y adormecen?

Poner a las virtudes asechanzas
en público, al poeta sólo es dado
sin miedo de jurídicas balanzas.

Pero por fin, que pierda enamorado
el precio de las horas en canciones,
en que cuenta, que llora un gran barbado.

¿Al público que importan sus pasiones,
para que, por sonar bien razonadas,
las divulgue y repita en impresiones?

Aprovechen, ocioso, en las armadas
tus obras, cuando opriman al Britano:
por mí serán entonces celebradas.

Por concertar un pensamiento vano

pasarás cuatro noches en vigilia,
del todo inútil al linaje humano;

¿Y porque goces tú con tu familia
próspera paz, no velarás dos horas
con el Monarca que tu bien auxilia?

O ya que involuntario te acaloras,
sintiendo en ti el comercio de los cielos,
¿Por qué el torpe sujeto no mejoras?

Adopten una vez esos desvelos
la persuasión de la verdad, o alaben
la gloria militar y sus anhelos:

Vibren endecasílabos, que acaben
con el lujo servil, que nos corrompe,
y con los vicios sus contiendas traben.

De un lado a la casada, que interrumpe
la quietud del esposo por las galas,
que a toda costa desperdicia y rompe:

De otro acometa a las soberbias alas
de la suelta doncella, que se entona,
por que empina el cabello a empíreas salas:

De Andrómaca dirás que es la persona,
si enmitrada la miras por la frente,
cuando el monte de gasas la corona.

Con, prohijado pelo hace eminente,
tal vez sobre una calva venerable,

el greñudo edificio impertinente.

Quien debe al cielo inspiración afable,
oyendo los vocablos de la moda,
Diccionario, o risible, o execrable

¿A cantar sus sandeces se acomoda,
sin que el mímico lujo le conmueva,
que ocupa a la Nación un tiempo Goda?

Ea, que no... mas sí, que nunca ceba
su colmilluda sima, aun cuando hambriento,

el lobo en otro que su especie lleva.

Si las ropas, los rizos y el unguento
me ofrecen un poeta femenino,
en quien el sexo de hombre está violento,

¿Cuál será de sus versos el destino,
sino el deleite impuro, el que profano
dilata a la lascivia el vil camino?

¡Oh entendimiento, entendimiento humano!
¿Para esto el gran vigor te es concedido,
que al Criador inmortal te hace cercano?

Desta causa, no de otra, han procedido
romances y sonetos a millares,
plaga que nuestra lengua ha padecido.

Mas, por dicha, ellos son tan singulares
en amor filosófico, que dejan
incomprensibles siempre sus lugares.

Grande ventura, que al lector aquejan,
si entenderlos procura, tan de gana,
que más sus manos ya no los manejan.

Es muy temible a la miseria humana
la molestia, y la evita hasta en sus gustos,
si en sus gustos le oprime y amilana.

Leerá, si claros son, versos adustos;
y dejará deleites tenebrosos,
en cuya obscuridad recela sustos.

Tal fin tengan por mí los amorosos,
ya escolásticas églogas animen,
ya celebren zagales venturosos.

Me matan dos pastores cuando esgrimen
dialécticas ternezas, ingiriendo
suspiros metafísicos que gimen.

Tales los hay, que pintan con horrendo
estrépito de voces tempestades,
que al trágico espantaran más tremendo.

Cercado de sencillas soledades,
o simple morador de ruda aldea,
donde aún viven desnudas las verdades.

¿De quién esa elocuencia, que apedrea,
heredaste entre gruesos alcornoques,
patria apenas de un ave que gorjea?

No sufre, no, la abarca los retoques,
que pulen el coturno: su oro deja
antes, Sileno, que el desprecio toques:

Que, si notarlo, quieres, no apareja
a un rústico del noble el aparato
sin la burla del pueblo que moteja.

No es por ventura tan molesto el trato
del que todo lo funda en antiguallas;
aunque ¿a quién podrá ser del todo grato?

Porque ¿qué tengo yo con las murallas
de Tebas, que me obligue en todo trance
a rogar la virtud de levantarlas?

Tántalo ha de salir en cualquier lance
de imposible esperanza, o devaneo,
que al deseado objeto no dé alcance.

Mi sueño siempre al cargo de Morfeo:
gentílico, mi nombre, no cristiano,
que el parecerlo en verso es caso feo.

Llamarme Mario, porque fue tirano,
es caso muy honesto; ¿pero Pedro?
no es nombre de Pontífice pagano.

La oliva de Minerva agobia al cedro
del Líbano, y el hecho es tan donoso,
que poco en fama, si lo evito, medro.

¡Oh tres y cuatro veces venturoso
Tú, Marón, a quien nunca de Francisco
usar el bronco nombre fue forzoso!

Títiro el zagal era de tu aprisco
en los campos de Mantua, cuando Roma

despeñó Reyes del Tarpeyo risco:

Y el mío será Títiro, aunque coma
pan castellano, y sus cabrillas paste
cerca del Tajo en extremeña loma.

Fábula griega en español engaste:
si esto sólo del vulgo me retira,
dame Ovidio, el material que baste:

Que si lo que no entiende, mas admira
la ignorancia, antiquísimos dislates
sé yo, que por saberlos no suspira.

Oh tú, si no mi Pílates, mi Acates,
ya con constancia Belorofontea
la diva amistad sube sus quilates.

No por su bella Andrómeda rodea
sobre el alado bruto de Medusa
el Semidiós a la serpiente fea.

Con tanto ardor, como encendido excusa
mi pecho tus defectos Aragneos,
si bien Discordia de su poma usa.

Dios me libre, mi amigo, de rodeos
tan rancios, cuando hubiere de decirte,
que tu fe no responde a mis deseos.

Esto, más que obligar, fuera inducirte
a huir de mí cien leguas asombrado,
cual de hombre que intentase maldecirte.

Tal procuro yo hacerlo, cuando hinchado
me acomete el que culto grecizante
vive en su misma patria desterrado:

Que el que sobrellevar pueda un pedante,
que, por hablar latino corrompido,
abandona en su idioma lo elegante,

bien merece renombre de sufrido
sufrirá a un Señor de nueva estofa,
a excelsa dignidad recién subido.

Tal vez se encuentra quien la causa mofa
deste decir, y a Góngora desprecia,
porque en él sin recelo filosofa.

Quien juzga así con equidad no aprecia:
porque ¿qué culpa tiene un yerro sabio,
de que le imite la caterva necia?

¡Oh rebaño servil! ¿Por qué en mi labio
no sufres la elocuencia de Cratino,
libre y pronta a cualquiera desagravio?

Si autoriza a algún grave desatino
el nombre de un varón, a quien la fama
venera en sus aciertos por divino;

El siervo imitador ciego a la llama
que luce en el acierto, torpemente
remeda sólo el vicio que le infama:

y esto si acaso imita, porque hay gente,
de quien se dice con loor que imita,
cuando roba y usurpa abiertamente.

No contrahace la piedra el que la quita
de otro anillo, y al suyo la traslada,
porque a distinto cerco la remita.

Hubo en cierta ciudad harto nombrada
un pintor, cuya mano merecía,
más al favor, que al gusto, ser buscada.

Merecen así muchos todavía:
y si el mundo caduca, según dicen,
tal arte de ser hábil no se enfría.

Pues como sus amigos solemnicen
nuestro gran pintor, y a todas gentes,
para que acudan a su mano, aticen;

movido de alabanzas tan frecuentes,
le buscó en su oficina un hombre grave,
cuyo rostro era grato a unos ausentes.

Ofreciole el pintor en cuanto cabe
la admirable destreza de su mano

con parola abundante y voz suave.

Le sentó con precepto soberano
de no mover el rostro a alguna parte,
so pena de emplear su ciencia en vano.

Dijeras, que copiaba de Anaxarte
el fabuloso bulto bien diez horas,
que obrando estuvo el retratista en su arte.

Al cabo de las cuales, con sonoras
voces, dando de mano a sus barnices,
y echándola a unas hojas cortadoras:

Tened, dijo, Señor: vuestras narices
cortaré y pegarelas en mi obra,
pues no pueden copiarlas mis matices.

Si así imitáis, la habilidad os sobra,
respondió el retratado: y desnudando
el instrumento que el honor recobra,

también yo sé copiar añadió, dando
con él en tierra como vos, amigo:
vedlo: y dejó al pobrete voceando.

Si en esto estriba el retratar, yo digo,
que retratara así de buena gana
al bando imitador, que aquí persigo.

Pase por fin, si el pensamiento gana,
como en las manos del divino Laso
los de latina cítara, o toscana:

que si mejora de sentido el paso,
y en el robo aparece más amable,
pulir lo tosco no es culpable caso.

Si un concepto vulgar hago admirable,
o le subo de punto, que me estime
mi lengua este favor es razonable.

Ni se hallará tal necio, que lastime,
que acicale el menor de los Leonardos
la cruda espada que el de Aquino esgrime.

Mas convertir en toscos los gallardos,
hurtar empeorando, y con ahínco
velar para imitar versos bastardos,

¿Quién no dirá, que a aqueste en todos cinco
falta el común sentido, y dar debiera
desde su patria a Zaragoza un brinco?

¡Sarna de ser Autor! si se apodera
tu prurito de un seso de alcornoque,
¿qué novedad de su invención se espera?

No leerá original, que no provoque
su furia de escribir, ni obra aplaudida,
a cuya imitación no se desboque.

¿Prestó naturaleza con debida
templanza la viveza al gran Quevedo,
que al satírico equívoco convida?

La alabanza común llamó el remedo
de la turba, y cundió el perverso estilo
en tanto grado, cual decir no puedo.

Lo que era gloria en el jocoso filo
de la picante sátira, o en juego,
que a argumento vulgar debe su hilo,

con furor indecible pasó luego
al teatro a la lira: hasta las aras
oyeron en equívocos el ruego.

Amor, celos, contentos, prendas claras,
loores, a un vil juguete encomendados
con cuantas cosas en el mundo hay caras,

pusieron en tinieblas los sagrados
nombres que al Tajo, al Turia, al Manzanares
cantaron sus dulcísimos cuidados.

Derribó la ignorancia los altares
de la simple belleza, que esparcía
en triste soledad tristes pesares:

Y en tanto que en el tráfago se oía
del tumulto civil la voz hinchada

de una turba infeliz, que se aplaudía,

la belleza a los bosques desterrada,
cual sombra errante en solitaria selva,
gritaba su infortunio lastimada.

¿Qué buzo podrá haber, que desenvuelva,
aunque al Delio Socrático se apele,
y a empresa tan difícil se resuelva,

metáforas inmensas, con que suele
desmentir sus sentencias el tumulto,
que tanto al gusto acrisolado duele?

Si a entender no te das, poeta oculto,
di ¿para quién escribes? Si a Adivinos,
den a tu lobreguez ellos indulto.

Mis sentidos, a fe, no son tan finos:
ni jamás fui político Profeta,
que señala a los Reyes sus destinos.

El que de altos Ministros interpreta
la voluntad, y por el oro alcanza,
que será suyo el puesto que le inquieta:

Quien anda cuidadoso en la tardanza
del ajeno vivir, porque previene,
que aquella dignidad en sí afianza:

Quien adula al Magnate, porque tiene
por cierto, que será así preferido
al fiel sirviente, que a adular no viene:

El que se hace escritor bien persuadido,
que si no por sus letras, a lo menos
será por sus enlaces aplaudido:

Genios de este jaez, que así de ajenos
sentimientos disponen, son sin duda
para aclarar enigmas los más buenos.

Si para la virtud, a ellos acuda
quien pretenda saberlo: que hombres tales
traen siempre en boca la verdad desnuda.

Por mí, nací a la luz en tan fatales
días, que aún ahora en contemplarlo vierto
el humor por los poros en raudales.

Cuánto vicio ha imitado, o descubierto
la corrupción en tiempos diferentes
que en algo se apartaron del acierto:

Metáforas hinchadas, insolentes
traslaciones, equívocos, agravios
de las leyes más simples y prudentes,

conceptos que conservan los resabios
de la árabe dialéctica, que aplican
al de Estagira los flamantes sabios,

y cuántos extravíos perjudican
al docto poetar, en sus entrañas
las obras de aquel tiempo multiplican.

No traman más sutiles las arañas
sus telas, que tramaron sus sonetos
graves coplistas de las dos Españas.

Hasta velos claustrales de discretos
se preciaron, y votos virginales
cantaron sus amores en cuartetos...

¿Pero a qué efecto renovar los males
curados ya tal vez? Nos son empero
dañosas, todavía sus señales.

Ellas son, ellas son el asidero

del maligno Extranjero que nos odia,
tras debernos aplauso el Extranjero.

¿Quién le podrá arrancar la palinodia,
si para hacerse fuerte en todo caso
tiene aquellos defectos en custodia?

Tiénelos no menores su Parnaso;
pero no es el de España, rudo suelo
de quien hacer mención no quiso el Taso.

Nuestra edad en el improbo desvelo

del estudio no funda las noticias,
que ilustran y eternizan un cerebelo.

En breve Diccionario colecticias
mil ciencias epilogan el trabajo,
y son a los Narcisos más propicias.

Cuánto hay del Ganges al dorado Tajo,
cuánto desde el austro a los triones,
sabia naturaleza en sí contrajo:

Lo comprende en cortísimas lecciones
un Don Lindo, que emplea veinte meses
en saber ajustarse los calzones.

Allí toman su origen los reveses,
que al salvaje Español tiran y vuelven
abates Italianos muy corteses.

Cortan, hienden, deciden y resuelven,
como pudiera Apolo: y con tal juicio,
que siempre nos condenan, nunca absuelven.

La invención, la prudencia, el artificio
no son dones del suelo de Trajano:
los Sénecas ya dieron de ello indicio.

Español fue el Marini, no Italiano,
y el buen Manuel Tesauro es punto fijo,
que nació bajo el cielo castellano.

¡Italia producir un tan vil hijo,
que en todo sutilice vanamente,
en reiterar sofismas muy prolijo!

¡Calumnia abominable, e impudente!
cuando a su clima da la astrología
el influjo del signo más prudente.

Acá sólo domina guerra impía,
impresión del sañudo Sagitario,
silvestre signo de estación sombría.

Tras esto, si no esparce ni un diario,
ni ostenta Dictadores a manadas,
que sojuzguen el mundo literario:

si sus obras científicas, fundadas
van siempre en las noticias primitivas,
no en las pedantemente alfabetadas:

Si no expone ningunas abortivas,
o espurias, o monstruosas, como cuando,
¡Oh gran Cuadro! de Trágicos le privas:

Si ser docto no quiere, amontonando
colecciones de inciertas colecciones,
o en todo vagamente salpicando:

Si llenan solidísimas razones,
no leves epigramas, sus escritos,
raciocinios, y no declamaciones:

Careciendo de tales requisitos,
el suelo que dio patria al buen Lucano,
¿cómo tendrá poetas exquisitos?

Peligroso ejercicio y muy cercano
al más triste, a la fe, es el ejercicio,
que el cielo favorece con su mano:

En España, el más grande sacrificio,
que hacer puede a la patria un varón fuerte,
si ni aún al Extranjero halla propicio.

Yo el genio de hacer versos a la suerte
debí: pero si el sabio la domina,
el genio inclinárame hasta la muerte;
yo sabré enfrenar lo que me inclina.